

Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana, en la celebración eucarística con motivo del inicio del Pontificado del Papa Benedicto XVI.

S.M.I. Catedral de La Habana, 30 de abril de 2005

Hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, autoridades de la nación, distinguidos miembros del cuerpo diplomático, queridos hermanos y hermanas todos:

Siento que no me repongo aún de las emociones profundas dejadas en mí por la vivencia eclesial extraordinaria, única, si pueden estos adjetivos calificarla de algún modo, que he compartido con mis hermanos cardenales de todo el mundo en estas jornadas de Roma.

En nuestro ir y venir a las Congregaciones generales del Colegio de Cardenales, veíamos en los primeros días a las multitudes que, después de esperar, diez, dieciséis y hasta veinte horas en una cola compacta de cinco a diez en fondo, sin detenerse nunca, desfilaban junto al cuerpo exánime del Papa Juan Pablo II, cuyo rostro sereno, el más familiar de cuantos se hayan asomado a nuestro mundo contemporáneo, contemplaban por última vez.

También los cardenales orábamos al amanecer, en la noche, en distintos momentos del día, junto al Pontífice, que a la inmensa mayoría de nosotros, había llamado a ser sus colaboradores cercanos en el Sacro Colegio. Y así, con la impresión vivísima dejada en lo hondo de nuestro ser por aquel pontificado glorioso; nos reuníamos cada día para auscultar nuestro mundo y calibrar sus problemas, las angustias y esperanzas de cada continente, el sufrimiento de tantos y tantos hombres y mujeres que pueblan la tierra. El mundo de hoy constituye un reto para quienes rigen los destinos de las naciones, para aquellos que tienen responsabilidades en organismos internacionales, y también para la Iglesia. Falta en nuestro planeta el pan, el trabajo, el techo y la esperanza para millones y millones de seres humanos.

No se ha establecido aún la verdadera justicia, no existe en muchos lugares la libertad y el respeto debido a la dignidad humana, hay una quiebra institucional y moral de la familia, un sexualismo salvaje lo invade todo. Nuestro mundo podría llamarse hoy desafío. Desafío no únicamente para la Iglesia y el Papa, sino para el hombre y la mujer que no quieran sumarse al ejército anónimo de individualistas cómodos, despreocupados y frívolos, interesados sólo en promover leyes cada vez más permisivas y facilistas, que consagren como válidos la mediocridad, la corrupción y aún lo antinatural.

Y mientras las multitudes venidas de todas partes seguían desfilando frente a Juan Pablo II el Grande, yacente en la Basílica de San Pedro, la tierra concreta de los hombres ricos o pobres, satisfechos o sin esperanza, desfilaba ante nosotros en la voz de los cardenales de Roma y del mundo, y sentíamos el corazón oprimido por dos razones: la primera, ¿Qué debe hacer la Iglesia para que el amor de Jesucristo siembre valor y esperanza en una humanidad opulenta y rica, pero



al mismo tiempo miserable y decadente?.

Y aflora enseguida la otra razón para sentirnos abrumados: teníamos que elegir de entre nosotros al Papa, al Vicario de Cristo, y es terrible poner sobre los hombros de un hombre el inmenso peso de esta humanidad ansiosa y débil. Para ninguno de nosotros se trataba de considerar los muchos desafíos políticos o sociales que saldrían al paso del nuevo pontífice, porque éstas no son las causas profundas de los males actuales del hombre que hunden sus raíces en graves grietas antropológicas. Ante nuestros ojos se alzaba como realidad enorme que lo resumía todo, la Cruz de Cristo, la misma que dobló las espaldas de Juan Pablo II, y que nos tocaba a nosotros decidir ahora quién la habría de cargar.

Nos sentíamos como aquellos soldados romanos que, en medio del tumulto desatado por el odio y la barbarie alrededor de Jesús, en aquel primer viernes santo de la historia, buscaban a alguien para ayudar al Salvador a cargar el madero y que llegara con vida hasta el lugar del suplicio. Era esto en verdad lo que estábamos haciendo en cada congregación general durante aquellos nueve días de oración por el Papa difunto, estábamos tratando de hallar quién debía ser el que se abrazara a la cruz. Sin embargo, sentíamos al mismo tiempo cómo se cumplía en nosotros la promesa del Señor: “No los dejaré huérfanos... yo les enviaré el Espíritu Santo...”.

Cuando en la tarde del lunes 18 de abril, después del “*Extra omnes*”, el ruido seco de la barra de acero, que caía sobre su enganche de siglos, nos dejaba a los 115 electores solos dentro de la Capilla Sixtina, ya sin los cardenales mayores de ochenta años que en las congregaciones de la semana anterior nos habían iluminado con su sabiduría y su experiencia, fuimos desoladoramente conscientes de que ahora íbamos ya a elegir al Sucesor de Pedro. Un silencio total se apoderó del recinto sacro. Nos arropaban los frescos maravillosos de Miguel Ángel.

Sobre nuestras cabezas la pintura espléndida de la Creación del mundo: Dios poniendo en el hombre su propia imagen, comunicándole algo de su poder sobre la Creación; frente a nosotros la impresionante escena del Juicio Final: un Cristo poderoso y fuerte, que juzgará nuestros actos, parecía descender hacia los cardenales electores. Debajo de aquel retablo fastuoso Jesús Crucificado, en una estupenda escultura del siglo XIII, de sobrio realismo, nos aseguraba que la creación está salvada por él y que el juicio suyo será el del amor y la misericordia.

Sobre la mesa del altar la urna de plata para depositar el voto de cada uno; justamente debajo del crucificado el texto del juramento que habría de pronunciar también cada uno al depositar su voto.

Ya habíamos cantado la letanía de los santos, invocando la intercesión de quienes nos han precedido en esta historia que culmina en el cielo. Cantamos después el “*Veni Creator Spiritus*” y entonces fue el Espíritu Santo quien le dio cuerpo y espesura a aquel silencio casi primordial.

La liturgia iba a entrar ahora en su momento más solemne y comprometedor, cuando uno a uno iríamos depositando nuestros votos, jurando al Señor hacerlo en conciencia ante El que nos juzgará. Y así lo hicimos una, otra y otra vez, y a la cuarta votación el nombre del Cardenal Joseph Ratzinger resonó muchas, muchas veces. Sus hermanos habían decidido confiarle la Iglesia. Ahora sería nuestro padre, nuestro Santo Padre.

“¿*Aceptas?*”, le preguntó el Cardenal Vice-decano. “*Sí, aunque indigno acepto*”, “¿*Qué nombre*

Nuestro mundo podría llamarse hoy desafío. Desafío no únicamente para la Iglesia y el Papa, sino para el hombre y la mujer que no quieran sumarse al ejército anónimo de individualistas cómodos, despreocupados y frívolos, interesados sólo en promover leyes cada vez más permisivas y facilistas, que consagren como válidos la mediocridad, la corrupción y aún lo antinatural

quieres llevar?” “Benedicto, porque San Benedicto es el Patrono de Europa, porque el último Papa que llevó este nombre, Benedicto XV fue el Papa de la paz en el siglo XX, tuvo un pontificado breve, pero conciliador”.

Teníamos Papa. Era Benedicto XVI.

Y le fue leído entonces pausadamente el texto evangélico que ha sido proclamado hoy. *“Preguntaba Jesús a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?... y ustedes, ¿Quién dicen que soy yo?.*

Simón Pedro tomó la palabra y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le respondió: Dichoso tú Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo”.

Este era realmente el misterio de fe que estábamos celebrando. A través de cada uno de nosotros, instrumentos conscientes en las manos de Dios, el Señor llamaba a Pedro una vez más, le preguntaba sobre las opiniones y criterios del mundo de hoy acerca del Mesías salvador, reclamaba después su propia respuesta y le confiaba una misión, la misma de Juan Pablo II y la de dos mil años de papado: ata y desata, tú eres piedra, ahora el peso de la responsabilidad sobrehumana de cargar esta cruz tan grande es soportable porque yo, Jesucristo, tu salvador, a ti, hombre débil y pobre, te hago fuerte como la piedra para edificar la Iglesia de este siglo y de este milenio. La edificarás en mi nombre y sobre mí, que soy la roca. Ese es el misterio de Pedro en la Iglesia, de él fluye su ministerio.

El papado es más grande que la personalidad de cualquier Papa. Si no fuera así los funerales de un pontífice, aún siendo extraordinarios, serían los funerales de la Iglesia. La persona del Papa está destinada, como es normal, a conocer la muerte, pero la Iglesia permanece porque es inmortal. *“La Iglesia está viva”*, dijo con fuerza el Papa Benedicto XVI en la misa inaugural de su Pontificado, y añadió: *“La Iglesia es joven”*.

Ante el impresionante espectáculo de las exequias de Juan Pablo II y la enorme explosión de vida pascual que ha significado la elección de su sucesor, el Papa Benedicto XVI, una reflexión se impone. Ni la personalidad extraordinaria de Juan Pablo II, ni el inmenso prestigio intelectual de uno de los más grandes teólogos y pensadores del siglo XX que es el nuevo Papa Benedicto XVI, aún amplificadas por los medios de comunicación a escala planetaria, son suficientes para explicar los extraordinarios acontecimientos vividos en Roma en este mes de abril.

Todo lo que rodea al Papa interesa al mundo, porque él gobierna la Iglesia. Esta es la misión divina que Pedro y sus sucesores han recibido de Jesucristo, y el Papa Benedicto XVI se santificará apacentando, rigiendo y gobernando la Iglesia que el Señor le ha confiado. De ahí procede su autoridad moral en el mundo. Pero, para un cristiano, la autoridad es siempre servicio, un servicio, en este caso, de extraordinaria actualidad.

Nosotros, los católicos cubanos: obispos, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y fieles laicos, queremos asegurar a nuestro amado Papa Benedicto que nunca le faltará la oración insistente y confiada de la Iglesia que está en Cuba por su ministerio petrino.

El tiempo que atravesamos recuerda la época en que el Imperio Romano se agrietaba, carcomido por la misma dispersión de pensamiento y voluntad que aqueja a nuestro mundo. Sobre sus ruinas se edificó la civilización cristiana occidental. En aquella época la Iglesia y el Papa representaron

un elemento único de cohesión social. Hoy son otras las coordenadas históricas, pero en su proyecto conciliador el Papa Benedicto XVI, un apasionado buscador de la verdad, prestará seguramente a la humanidad el valioso servicio de aclarar y definir, además de mantener firme el timón de la barca de Pedro.

En el Via Crucis escrito por el Papa Benedicto XVI, entonces aún Cardenal Ratzinger, para el viernes santo de este año y seguido por millones de personas a través de Mundo Visión desde el Coliseo de Roma, el actual Sumo Pontífice, refiriéndose al relativismo y a los criterios inseguros de esta época, dijo que aún la Iglesia parecía *“una barca a punto de hundirse, una barca que hace agua por todas partes”*.

Sí, frente al nihilismo cultural y moral y al relativismo rampante, el Papa Benedicto XVI deberá guiar con firmeza la barca de Pedro. Este será un servicio inapreciable para la misma Iglesia, pero también para el mundo, necesitado de claros puntos de referencia ética y humana que lo saquen de la postración y generen la esperanza.

En el último libro del Papa Juan Pablo II, “Memoria e Identidad”, publicado poco antes de su muerte, afirmaba el Pontífice que la Iglesia Católica, *“por voluntad de Cristo es maestra de la verdad”* y la ley divina que ella anuncia y enseña es *“la norma universal y objetivada de la moralidad”*. Ese es el camino de claridad y firmeza que el Papa Juan Pablo II siguió en los veintiséis años de su Pontificado y que es retomado hoy por el Papa Benedicto XVI, quien no quiso anunciar un programa diverso en su homilía inaugural, pero, al ponerse humildemente en las huellas de su ilustre antecesor, esboza ya el camino cierto que seguirá, el que la Iglesia necesita, tanto como nuestro mundo de hoy.

Con profunda humildad el Papa Benedicto XVI pidió oraciones para aprender, para ser un buen pastor, para llegar a amar al modo de Cristo. A todos nos sorprendió favorablemente esta presentación humilde del Sucesor de Pedro. Ya anteriormente había dicho a los cardenales en el encuentro privado que sostuvimos con él: *“Háblenme, indíquenme, no me aferraré a mis ideas, sino escucharé”*. Será un Pontífice que escucha, que sabe trabajar en equipo, que no desea que lo dejen solo en la guía de la Iglesia, aunque él tenga siempre la palabra decisiva, y este trabajo comunitario será facilitado aún más por la delicadeza de su trato, la bondad innata que trasparencia en su sonrisa, en su acogida, en su modo paciente de conducir una reunión. La sencillez y la humildad marcarán seguramente su Pontificado.

Nosotros, los católicos cubanos: obispos, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y fieles laicos, queremos asegurar a nuestro amado Papa Benedicto que nunca le faltará la oración insistente y confiada de la Iglesia que está en Cuba por su ministerio petrino. En el momento de prometerle mi obediencia y devoción en la Capilla Sixtina, al concluirse el cónclave, el Santo Padre me habló de la Iglesia en Cuba. Dos días después, en el encuentro sostenido con él, donde cada uno de los cardenales lo saludó de modo personal, el Papa me dijo que bendecía a Cuba.

En esta celebración presentamos al Señor nuestras súplicas para que le conceda al Papa Benedicto XVI un feliz y fructífero Pontificado, que encomendamos muy especialmente a Santa María de la Caridad, nuestra Madre y Patrona.

Llegue hasta Su Santidad el Papa Benedicto XVI, desde esta Catedral de La Habana, todo el afecto y devoción de los católicos cubanos.